

Trabajar en vano

Sydney Long JACOB

biblicom.org

¡Qué maravilla que el Espíritu de Dios pusiera palabras como estas en boca del Señor, que hablaba entonces como profeta! «Pero yo dije: Por demás he trabajado, en vano y sin provecho he consumido mis fuerzas; pero mi causa está delante de Jehová, y mi recompensa con mi Dios» (Is. 49:4) [1]. Querido Salvador, ¡te humillaste tanto que tu obra inexpressable y bendita parecía ser en vano! ¡Qué gracia tan maravillosa!

[1] Agregamos el comentario de Hamilton Smith sobre Isaías 49:4.

Aquí se anuncia que aquel en quien Dios será glorificado será rechazado por Israel. Como Siervo, Cristo trabajó en medio de Israel. Pero debe decir: «he trabajado, en vano y sin provecho he consumido mis fuerzas». Y así, el día del Evangelio, oímos al Señor comenzar «a reprochar a las ciudades en que se hicieron la mayoría de sus milagros, porque no se arrepintieron» (Mat. 11:20). Sin embargo, con perfecta sumisión, el Señor deja que Dios recompense su obra, y puede decir, el día de su rechazo: «Sí, Padre, porque así te agradó» (v. 26).

Por supuesto, sabemos que su obra no fue en vano, pero será necesario un tiempo eterno para mostrar el significado y la bendición de esta obra maravillosa. Sin embargo, en la superficie, y por el momento, esta obra puede parecer en vano. Que el sentimiento de que su obra no fue en vano penetre profundamente en nuestros corazones agradecidos, por la gracia de Dios.

¿Cuántas lecciones podemos aprender de esta expresión de profundo sufrimiento, contenida en estas palabras? Mencionaremos solo algunas.

1. En primer lugar, vemos lo erróneos que son los juicios humanos, lo engañosas que son las apariencias, lo peligroso que es intentar juzgar el trabajo de los demás o incluso nuestro propio trabajo. Somos totalmente incapaces de hacerlo, porque sabemos muy poco sobre el plan de Dios y sus formas de llevar a cabo ese plan y su voluntad. También sabemos muy poco sobre el funcionamiento oculto de los corazones humanos que realmente determinan el valor de nuestras acciones.

Qué necesario es este mandato: «Así que no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, quien sacará a la luz las cosas ocultas de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; entonces, para cada uno, la alabanza vendrá de Dios» (1 Cor. 4:5).

Podemos estar seguros de que muchas veces resultará que la obra aparentemente inútil era la más valiosa, y la obra aparentemente brillante carecía de valor.

2. También aprendemos a no desanimarnos. Lo único que tenemos que preguntarnos es si estamos donde el Señor quiere que estemos. ¿Estamos haciendo lo que nos ha pedido? Si es así, animaos, queridos siervos desanimados, incluso si vuestro trabajo parece ser un fracaso total.

Todo siervo sincero y serio del Señor conoce bien el desaliento que causa el aparente fracaso de lo que está haciendo. Los humildes son particularmente propensos a este desaliento, pero los orgullosos y satisfechos de sí mismos no saben nada de él. Sin embargo, Dios no quiere que nos desanimemos, aunque todo parezca en vano. Sabe que somos pobres, pero nos ha llamado a poner la mano en el arado, aunque sabe que a menudo haremos surcos torcidos y araremos la tierra de manera imperfecta. Sin embargo, sabiendo esto, nos ha elegido, ha confiado el trabajo a nuestras manos y, por difícil que parezca, nuestro trabajo no es en vano en el Señor. A nosotros nos corresponde cumplir sus mandatos, a él dar el éxito o el fracaso, pero incluso el fracaso no es fracaso, forma parte de los caminos de Dios para conseguir sus propósitos. Hay una necesidad y lecciones, nada es inútil en todos los problemas que encontramos, en la ruina, en las separaciones, en las pruebas ardientes, en las lágrimas amargas. Por eso, el trabajador cansado, desilusionado, decepcionado, debe levantar la vista, animarse y confiar en el Señor: entonces todo irá bien.

3. Tiemble el que está satisfecho de sí mismo y de su trabajo, y que juzga el de los demás, porque los primeros serán los últimos y los últimos los primeros (Marcos 10:31). «Bajó a los poderosos de sus tronos, y exaltó a los humildes» (Lucas 1:52).

Adelante, pues, compañeros de trabajo, no temáis, seguid adelante, el resultado será bendito. El Espíritu de Dios está en vosotros, obrando en vosotros y a través de vosotros algo del gran plan de Dios para gloria de su Hijo. El sembrador lloroso y concienzudo y el segador alegre seguramente cosecharán juntos, y muchos que no han hecho nada habrán hecho mucho, y muchos que pensaban que habían hecho mucho se darán cuenta de lo poco que han hecho. «Hasta la estéril ha dado a luz siete, y la que tenía muchos hijos languidece» (1 Sam. 2:5).

Bendito Señor, que aprendamos así las lecciones llenas de gracia que tú tan pacientemente nos enseñas. Que aprendamos de ti, que eres manso y humilde de corazón, y que cuando todo nuestro trabajo parezca desaparecer, seamos capaces, con hu-

mildad, confesión de pecado y juicio propio, pero con profunda gratitud, de decir: «Sí, Padre, porque así te agradó» ([Mat. 11:26](#)).